

Reseña

Fronteras y reconstrucciones en filosofía de la Ciencia. *Víctor Manuel Hernández Márquez (coordinador),* *2013, Chihuahua: UACJ*

Juan Durán Arrieta¹

Una larga espera en prensa tiene un artículo que hice donde señalo que la investigación en general -pero sobre todo la educativa- forma investigadores, algunos avezados en metodología pero absolutamente carentes y ayunos de epistemología.

Cuando leí el libro *Fronteras y reconstrucciones en Filosofía de la ciencia* editado la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez y que coordina Víctor Manuel Hernández Márquez, durante su lectura no pude evitar la sensación de que se trataba de una producción que aborda con una importante riqueza justo esas temáticas que se encuentran evadidas y ausentes de la discusión sobre la investigación que repara en métodos, paradigmas y datos, pero muy poco, casi nada, en asuntos epistemológicos que aquí se encuentran en abundancia, además de ser tratados con una profunda exquisitez que abrumba al metodólogo pero que al que se dedica la filosofía -y sobre todo a la filosofía de la ciencia- le sienta bien.

En efecto, nuestras universidades, quizá no todas, pero sí esas que forman en Educación, encuentran suficientes motivos para hacer mutis acerca de esta necesaria discusión epistemológica. No hace mucho me encontré con un doctor en Educación que consideraba que la discusión sobre los paradigmas en educación -y sobre todo en la investigación educativa- era un asunto superado. No lo pude evitar y propuse que en todo caso le entráramos a observar por lo menos en qué forma, por qué artes y bajo qué condiciones puede considerarse como un asunto superado algo que resulta de suyo sumamente importante ya no sólo por lo que forma en el alumno, sino además por lo que representa para el propio investigador que toma decisiones de distinta índole cuando se enfrenta a los datos o a los indicios sin el conocimiento previo de las discusiones que suelen darse en filosofía de la ciencia, en teoría del conocimiento y en epistemología.

Víctor Hernández nos trae -junto con un grupo de colaboradores en la obra- esta discusión nada agotada y en muchos sentidos aún vigente, sobre la cual nadie puede prescindir, menos si se dice investigador.

El libro deambula -con distintas temáticas y preocupaciones de los primeros filósofos de la ciencia- sobre la necesidad de saber de qué forma se fundamenta un conocimiento como el científico, en especial una actividad tan rigurosa como la matemática con todas sus diferentes características respecto de las

¹- Doctor en Educación por la Universidad Autónoma de Chihuahua, y profesor-investigador de la Universidad Pedagógica Nacional, campus Nuevo Casas Grades. jcdurana@hotmail.com

ciencias factuales o empíricas. Así, desde las hipótesis a *ras de piso* hasta las leyes teóricas más abstractas que hacemos durante nuestras investigaciones han de tener una lógica de construcción, un porqué de su existencia, y por lo tanto, tras esa discusión, abrir la posibilidad de descubrir un modo -una forma que a manera de método- se sepa del proceder de los científicos.

Esas cuestiones sin embargo, parecen llevar a muchos caminos que Víctor Hernández nos presenta como *fronteras y reconstrucciones* que sufre la ciencia y que la filosofía -dedicada a ella- piensa y discute algunas veces como posibilidades de racionalización de otras actividades humanas a partir de descubrir las lógicas de la actividad científica como el quehacer humano más racional de todos.

Se trata entonces de una obra que aglutina a un grupo de cinco colaboradores con distintas temáticas pero que todas juntas tiene que ver con aspectos de la filosofía de la ciencia, y las más de las veces, con la epistemología. Así pues nos encontramos con preocupaciones sobre el desarrollo que ha tenido la filosofía de la ciencia en el ensayo del compilador Víctor Hernández Márquez mismo que da título al texto en general, a saber, *“Introducción: Fronteras y reconstrucciones en filosofía de la ciencia”*, desde ese lugar el autor deambula por distintas corrientes del pensamiento en filosofía de la ciencia y aborda con cuestionamientos agudos y certeros los asuntos que tienen que ver con la forma como podríamos dar validez a una metateoría que a su vez haya de dar cuenta de cómo procede la propia ciencia y su lógica –si es que la hay- de construcción de sus contenidos.

Cada ensayo del libro, si bien guarda un hilo en las temáticas pues todas ellas pueden ser consideradas como preocupaciones propias de la filosofía de la ciencia, también manifiestan tal independencia que uno puede leerlos sin el orden en que vienen presentados.

Así entonces, nos encontramos con que existen preocupaciones como la de Walter Beller Taboada con su ensayo *“Contradicción Lógica y Lógica Contradictorial (Las Aportaciones de Lorenzo Peña)”*; luego vuelve Víctor Hernández Márquez con otro ensayo al que denomina *“Kuhn y el crecimiento del conocimiento”*; así como una profunda revisión acerca de la verdad que aborda Roberto Estrada Olguín quien diserta en un documento que denomina *“Las Teorías de la Verdad y Aletehía”* donde compara diversas teorías sobre la verdad y la frescura que le aporta a la discusión Martín Heidegger con su concepto de Aletehía.

Nuevamente Víctor Hernández ahora acompañándose de Mauricio Beuchot presenta otro ensayo al que denominan *“Sobre la analogía en la ciencia”*; para finalmente cerrar el libro con el ensayo de Gilberto Vargas González *“Sobre la crítica filosófica a la ciencia de la psicoterapia”*.

En algunos de los tres trabajos donde diserta Hernández Márquez persisten las preocupaciones sobre si es posible encontrar una lógica del descubrimiento o se trata de una más de las cuestiones que el ser humano se plantea para terminar sabiendo que toda construcción de la realidad en verdad se encuentra con el tamiz del ser humano o la comunidad que la produce.

¿Alguna vez nos hemos preguntado si observar la realidad o un fenómeno de ella, implica simplemente abrir los ojos o en su defecto -como se discute en el libro- si las posturas posmodernas tienen la razón cuando establecen que no existe observación neutra? Puede ocurrir también que “...decir que las observaciones se encuentran ‘cargadas de teoría’ significa que se encuentran ‘cargadas de valoraciones’, ‘de ideología’, ‘de prejuicios...’” (p.34) Me preocupa que un investigador en ciencias sociales no se haga estas preguntas, no valore su quehacer desde el prisma de estos cuestionamientos. El libro que ahora reseñamos, sin duda, refleja mucho más de lo que abordo aquí, pero también entra en los avatares no sólo de la construcción del conocimiento sino en su evolución o progreso.

Así entonces, en el trabajo donde se analizan algunas preguntas sobre la obra de Thomas S. Kuhn, nos encontramos con la polisemia del concepto “paradigma” y la serie de cuestionamientos que recibió este autor al respecto amén de la manera como se fue distanciando del término hasta llegar, según Mario Bunge a considerar en 1974, “...que ya se había hartado de hablar sobre paradigmas... (pero parece que) Los kuhnianos nunca se enteraron.” (Bunge, 2008, p. 22). Víctor Hernández entra también en otras discusiones que tienen que ver con la imposibilidad de que el conocimiento a través de la metodología kuhniana pueda darnos cuenta del crecimiento o acumulación del mismo desde el concepto de ciencia normal, porque daría la impresión de que eso sería posible desde la ciencia normal pero no desde la ciencia extraordinaria, es decir, desde el registro de una revolución científica a otra.

Hernández Márquez, profundo conocedor del tema, suficientemente conspicuo, explícito, exquisito en la exposición de sus ideas y abundante en datos que muestran los entretelones de las corrientes en la filosofía de la ciencia, escudriña y nos advierte las contradicciones en que entra Thomas Kuhn y las dificultades que le implicó enfrentar sus ideas con mentes filosóficas muy agudas. De todas formas, concluye que nadie le puede escamotear a Kuhn la considerable influencia que tuvo con su librito *La estructura de las revoluciones científicas*, por lo que confronta con el conocimiento establecido, por lo que esgrime y el cambio de marcha que aporta para la discusión de la filosofía de la ciencia poco después de la mitad del siglo pasado.

Imaginemos, como lo hace Víctor Hernández, que hubiese una lógica del descubrimiento que permitiera encontrar una fórmula razonada y razonable de escudriñar la realidad, y a su vez, nos brindara –cual metodología– una única forma de encontrar la garantía no sólo del buen planteamiento de los problemas sino, incluso, sus formas de solución. En suma, que hubiese un modo de preguntarle a la realidad y un modo de encontrarle respuestas a esas preguntas. Con ello podría establecerse la posibilidad de encontrar la lógica de la racionalidad humana que subyacería para muchas de las empresas o actividades adicionales que emprendemos los seres humanos. Pese a la imposibilidad y oposiciones frecuentes a esto, el coordinador de estos trabajos señala que sigue siendo una tarea abierta de la filosofía de la ciencia saber sobre “...la forma como la teoría entra en contacto con la experiencia y la observación...” (p. 23) Imaginemos que nos hacemos nosotros esa pregunta para el resto de nuestros trabajos de producción académica, tendríamos que cuestionarnos: ¿O inventamos conceptos y categorías sin referente real, o prácticamente aparecen solos en la construcción de nuestras matrices o nodos cuando hacemos ciencia comprensiva?, ¿O se trata de construcciones producto de deducciones y/o inducciones desde las ciencias explicativas? Una tarea que nos espera discutir y que el libro reseñado en esta ocasión apenas se nos presenta como un buen pretexto.

Aquí estamos tratando de comparar los paradigmas que chocan entre sí epistemológicamente acerca del modo como se ha de hacer ciencia sobre todo cuando nos situamos en las ciencias sociales o ciencias del espíritu como es uno de los mores con los que se conocen en la jerga filosófica. Cuando hablo de ciencia explicativa, evidentemente me estoy refiriendo a la ciencia que considera que es posible transferir el método científico utilizado con grandes alcances en las ciencias denominadas *duras* como es la física, la química y la astronomía. (Popper, 1981) llamó *pronaturalista* a esta postura. En contraparte, para hablar de aquella visión que da cabida a un tipo de ciencia diferente, es decir, totalmente nueva respecto de los cánones establecidos, este autor la engloba en lo que denomina postura *antinaturalista* que cuestiona la posibilidad de un método único para toda la ciencia, y al contrario, sostiene que las ciencias sociales se la

miran con un objeto que en realidad es un sujeto, de tal forma que la relación sujeto-objeto, en realidad se constituye de la relación sujeto-sujeto; esto es, un sujeto que investiga y otro sujeto que es investigado, lo que convierte a la naturaleza de estas ciencias en algo absolutamente distinto.

Así entonces, cuando pregunto si “¿inventamos conceptos y categorías sin referente real como es el caso de la ciencia deductiva; o si casi aparecen solos en la construcción de nuestras matrices o nodos cuando hacemos ciencia comprensiva?”, en realidad estoy preguntando por los dos paradigmas en cuestión. Uno -el explicativo o pronaturalista- es el que admite que inventamos conceptos y luego los sometemos a contraste con la realidad; en tanto que el otro -el comprensivo o antinaturalista- propone que esa tarea ha de emerger desde la realidad misma a la que interpela el investigador y ésta *le ofrece* la respuesta.

Cuando se trata de seres humanos que investigan a otros seres humanos, a lo que menos se ha de temer es al encuentro de subjetividades. Los asuntos de *la objetividad* se resuelven con la intersubjetividad y una interpretación del modo como esas subjetividades se encuentran mutuamente.

Es Popper mismo quien propone que el hombre hace preguntas, lanza ideas y luego las contrasta, las corrobora con la realidad que pretenden describir o explicar. El modelo popperiano es más deductivo, en tanto que el otro más que inductivo es interpretativo, e incluso marcadamente más complejo en su versión dialéctica.

Imaginemos por otro lado que nos preguntamos dónde reside la verdad de nuestras teorías o de nuestras ideas. Si el asunto de la verdad tiene que ver con la realidad y el lenguaje como un espejo de ella o si solamente basta un grupo de enunciados coherentes entre ellos para que florezca con toda su objetividad. Pensemos en la posibilidad de que nuestras tareas, nuestras indagaciones en los trabajos cotidianos que realizamos puedan ser sometidos al escrutinio de si son verdaderos o falsos. ¿Cómo determinar su verdad? ¿Esa verdad tiene que ver con lo que describen, es decir, un lenguaje y lo que este lenguaje representa como espejo de lo real? El asunto es mucho más complejo. El importante recorrido que a este respecto realiza Roberto Estrada Olguín resulta aleccionador para quienes no están familiarizados con estas cuestiones.

No obstante, el autor lo complejiza cuando nos presenta a la verdad como *Aletheia*, es decir, con un acto de desocultamiento de la realidad, como una acción humana desde la visión de Martín Heidegger. Quizá una especie de correspondencia entre la verdad ontológica, la verdad óntica y la proposición que expresa esa verdad. Pese al espacio breve que me he dado, aquí quisiera hacer una digresión, casi un juego: Que el ser óntico se haga la pregunta resulta importante para los fines heideggerianos, preguntar incluso sobre cómo es ese ente que se lo pregunta. Me asalta una duda: ¿Y cuando ese ente, con todo y sus modos, se pregunta por lo que ya no es, o peor aún, por lo que nunca fue, es decir, por lo que ha quedado ausente, en la historia, por ejemplo?, ¿El que ya no existe pero interpela por la verdad, es un ser óntico?. Me llega el recuerdo de las confrontaciones que necesitamos hacer entre Martín Heidegger y Franz Rosenzweig incluso hasta con el propio Emmanuel Levinas.

No sé si lo ontológico, quizá incluso lo óntico eche una mirada, lance un guiño a estas cuestiones que tienen derroteros importante sobre todo cuando es necesario pensar a los olvidados y todos sus sueños frustrados que, parecen no tener realidad ontológica. Ahí queda la pregunta...

Había dejado para el final de mi lectura del libro el ensayo de Walter Beller Taboada sobre *Contradicción lógica y Lógica Contradictorial*. En principio me parecía poco sugerente el tema. Leerlo al final resultó reconfortante porque abre una serie de posibilidades a lo que vengo aquí planteando, a saber, que cuando trabajamos

-sobre todo en ciencias sociales- creemos que podemos navegar en aguas turbulentas sin ton ni son. Asumida la realidad contradictoria como lo postulan algunas posiciones que sustentan sus trabajos desde la visión dialéctica de la realidad, fácilmente nos puede conducir a la tentación de que es posible cualquier cosa. Parece como si nos acogiéramos a la posibilidad de que, desde una contradicción, es posible concluir lo que sea, es decir, una verdad o una falsedad. Ese presupuesto nos lleva a que terminemos entregando descripciones que parecen abarcarlo y decirlo todo, cuando en realidad pueden no decir casi nada.

Admitir la contradicción implica mover uno de los principios fundamentales de la lógica clásica. Sus-tentándose en los trabajos del filósofo español Lorenzo Peña, Beller Taboada nos propone la posibilidad de una lógica paraconsistente que admita la contradicción. Queda sin resolver del todo la forma como puede convivir este tipo de lógica con la dialéctica. Es cierto que sugiere caminos, avanza propuestas pero no las desarrolla. Deja, eso sí, una sensación de que la lógica dialéctica como lógica contradictorial o una forma de lógica paraconsistente, tendría que manejarse desde los cánones de una lógica determinada. Creo que la lógica dialéctica es mucho más. Que la contradicción como punto de partida de la dialéctica tiene que ver con toda una concepción de la realidad pero sobre todo, con esa posibilidad de concebir a la realidad del modo holístico que no daría cuenta si se la observa sólo como una lógica paraconsistente o contradictorial únicamente. Pese a ello, las aportaciones de este ensayo representan un buen parámetro sobre todo para los estudios en ciencias sociales donde parece caminar sobre arenas movedizas y dónde parece todo quedar expuesto como un pensamiento débil...

Singular resulta sin duda la intervención del capítulo que Víctor Hernández elabora en coautoría con Mauricio Beuchot, ese filósofo mexicano tan de moda, tan socorrido por corrientes de investigación que en él desembocan a pesar de tan disímbolas. Su hallazgo de una hermenéutica analógica parece abonar y presentar tierra firme en un ambiente como el de las ciencias sociales donde -como venimos diciendo- mucho se desvanece en el aire. Es clara su oferta de la importancia que significa pasar de la metáfora a la iconografía para concluir en la analogía con toda su riqueza de sentido.

Beuchot y Víctor Hernández hacen un recorrido de la serie de recursos de que echa mano el científico para explicar descubrimientos o relaciones de similitud o disimilitud que se presentan en la realidad. Por la orientación de Beuchot -y que parece que Víctor Hernández comparte- se concluye que la analogía es uno de los recursos más ricos para la ciencia. Así nos encontramos con expresiones como: “el ícono o paradigma es un análogo, un tipo distinto de universal, un universal analógico. La analogía, representada por la inconicidad, está conectada con la metáfora. La metáfora analógica tiene iconicidad.” (p. 158). Es decir, el aporte importante en la ciencia es la analogía como herramienta “...dúctil, dinámica y aproximada (...) suficiente para sostener el realismo que necesita la ciencia y desea la hermenéutica.” (p. 160).

Bien podríamos sentirnos abrumados con esta serie de conceptos a los que estamos muy poco acostumbrados. No obstante, acercarnos a ellos, discutirlos en nuestras clases, resulta muy importante porque nuestras actividades académicas, tarde o temprano se convertirán en prácticas que -uno espera y es lo deseable- dejen de ser animadas sólo por el sentido común.

Sostendríamos que por tratarse de prácticas profesionales habría de saberse que algunos conceptos teóricos, algunas teorías o algunos paradigmas representan ventanas desde donde nos asomamos al mundo con el propósito de desentrañarlo, de saber algo acerca de su verdad para actuar desde él, como es el propósito que alcanzo a descifrar en el trabajo de Roberto Estrada sobre la idea de *aletheia* que propone Martín Heidegger.

Finalmente, Gilberto Vargas González hace un recorrido interesante de la filosofía práctica como un servicio a las disciplinas científicas que se ocupan del cuidado de la persona como es el caso de la psicoterapia. Se trata de un esfuerzo muy importante si se toma en cuenta que el propio título del ensayo *Sobre la Crítica filosófica a la ciencia de la psicoterapia* resulta sugerente. Sus postulados -luego de recorrer ideas desde varios estudiosos de la filosofía de la psicoterapia- toma como supuesto de su reflexión la idea de razón emancipadora que viene expuesta en *Conocimiento e Interés* de Jürgen Habermas. El autor recorre posturas netamente modernistas y racionalistas para arribar a cuestiones que plantean las corrientes posmodernistas muy críticas -a veces arrebatadas- que parecen no dejar algo en pie. Su propuesta de una psicoterapia que continúe trazando esa línea de una vertiente emancipadora de la razón, parece convincente si y sólo si se acepta a Habermas como el principal filósofo que fundamenta esas ideas.

Existe toda una corriente de filosofías de marxismo tardío como el caso de (Gandler, 2009) que le resta méritos a Jürgen Habermas como representante de la segunda generación de la Escuela de Frankfurt; igual se lo resta a Axel Honet y Helmut Dubiel como representantes de la tercera generación. Les recrimina justamente haber abandonado las tareas centrales de la Escuela de Frankfurt corriente conocida también como Teoría Crítica de la Sociedad. Un mar abierto de discusión podría abrirse si nos detenemos a cuestionar hasta dónde Habermas representa esa garantía de emancipación de la razón...

Conozco a Víctor Hernández Márquez desde hace poco más de treinta años. Fuimos condiscípulos en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Chihuahua. Allí, sin proponérselo, coincidimos en temáticas que tenían que ver fundamentalmente con la lógica matemática y con la filosofía de la ciencia. Teníamos al maestro Enrique Pallares como nuestro *gurú* en el camino de estudiantes.

Ya desde entonces nos interesaban los asuntos de las teorías científicas, los modelos que representan, la forma como modifican el mundo, el asunto de si la ciencia representa la actividad más racional del ser humano y si era necesario desde ahí presentar una delimitación entre ciencia y pseudociencia que tanto ocupó a Karl Popper y sus seguidores.

Junto con otros dos compañeros -sin proponérselo- conformamos un grupo dentro de la Facultad. Es gratificante observar la forma como Hernández Márquez ha desarrollado sus tareas, la erudición que lo distingue y la forma como su producción muestra el rigor, el cuidado y el tezón de todo buen filósofo. Enhorabuena, gracias por la invitación para que hicieran algunos comentarios a esta obra que, seguro estoy, es apenas otro paso de las que ya se han publicado y las que faltan por venir.

Este libro por lo pronto es una obra magnífica para aspirantes a investigadores que quieran comprender más allá de las metodologías, esto es, que deseen informarse sobre las abundantes y profundas discusiones epistemológicas que se encuentran detrás de cada decisión que se toma cuando se hace investigación.

Bibliografía

Bunge, Mario. 2008. *Cápsulas*. Barcelona: Gedisa.

Gandler, Stefan. 2009. *Fragmentos de Frankfurt: Ensayos sobre la Teoría Crítica*. Querétaro: Siglo XXI.

Habermas, Jürgen. 1990. *Conocimiento e Interés*. Madrid: Taurus.

Popper, Karl. 1981. *La miseria del historicismo*. Madrid: Taurus.